

CAPÍTULO IV

Sale Colon para España.—Pone á una montaña el nombre de Monte-Cristo.—Puerto de Samaná, y escaramuza con sus habitantes.—Se restablece la buena armonía.—Terrible tormenta.—Colon, creyendo perecer, arroja un barril al mar, con la relacion de sus descubrimientos.—Colon arriba á Lisboa.—Atenciones del rey de Portugal hácia Colon.—Llega Colon al Puerto de Palos.—Muere Pinzon de sentimiento: sus ideas elevadas y generosas.

1493. Al brillar la aurora del 4 de Enero de 1493,
4 de Enero. salió del puerto de la Navidad, para volver á
Se pone Colon España, la carabela la *Niña*. El viento era fa-
en camino vorable y las velas, impulsadas por él, hacian
para España. que el buque se deslizase rápidamente sobre la superficie
de los mares. Los indios miraban desde la orilla, mara-
villados, correr sin ayuda de remos aquella pintoresca
embarcacion, sin mas ayuda que el de la blanca lona,
como se desliza una gaviota tocando apenas las ondas al
impulso de sus extendidas alas.

Colon y sus compañeros se alejaban con el placer de ver la patria y la familia. No llevaban riquezas; pero sí

la casi convicción de que existían; y acariciaban la lisonjera idea de que, en su segundo viaje, se realizarían las esperanzas concebidas en el primero.

En aquel interesante cuadro de partida, se descubría un sitio pintoresco que, dominando la playa, se elevaba á la entrada de la isla como un centinela que tendía su vista sobre los mares. Era la fortaleza de la Navidad, levantada con el maderamen sacado de la carabela encaillada. En su parte mas elevada se veían treinta y nueve individuos que miraban alejarse á sus compañeros de expedición hácia el suelo en que tenían su hogar y su familia, mientras ellos se quedaban en un mundo extraño, en una isla salvaje, en medio de naciones de raza y costumbres diversas á las suyas, rodeados de inmensos mares, y sin mas garantía que la palabra de un inculto cacique que podría cambiar de opinión en cuanto desapareciese el barco en el ancho horizonte.

Preciso es estar dotado de un valor extraordinario, para resolverse á quedar cercado por todas partes de peligros, á distancia inmensa de la patria, sin poder avanzar un paso y cerrada por el Océano la retirada.

Aquel insignificante número de europeos, aquellos treinta y nueve españoles, únicos seres del viejo mundo colocados en el Nuevo, tenían fija la vista en la velera *Niña* en que enviaban un adiós á la querida patria. De repente desapareció en el horizonte la pequeña embarcación, y la tristeza mas profunda se apoderó de todos los que formaban la reducida colonia.

Colón, poniendo la proa de la carabela hácia el Oriente, navegaba contento de sus descubrimientos, que iba á

proporcionar á la Europa un comercio ventajoso y activo.

Continuando su rumbo, percibió á lo lejos una elevada montaña cubierta de corpulentos árboles, como una majestuosa isla que se enlazaba con la Española por una lengua de tierra. Colón puso á esta elevada montaña el nombre de Monte-Cristo, que conserva hasta el día. El viento cambió en aquel momento. Sabedor el almirante, por las noticias que había adquirido del cacique Guacanagarí, de que próximo al descubierto monte se hallaba la embocadura del río Yaque, que tenía su origen en las ricas minas de Cibao, entró en él, así para resguardarse del contrario viento, como para reconocer sus aguas. La vegetación del país era asombrosa. Colón, observando las márgenes del pintoresco río, quedó gratamente sorprendido al notar que en sus arenas se encontraban mezclados algunos ligeros granos de oro. Las espléndidas descripciones de Marco Polo de Venecia se presentaron á la mente de Colón, y entonces llegó casi á persuadirse de que la Isla Española era el verdadero Cipango en que se encontraban las maravillosas riquezas ponderadas. El almirante permaneció cuarenta y ocho horas en este río, esperando el buen tiempo para salir, y le llamó *Río del Oro*. Cuando el viento se presentó favorable, se izaron velas, y la carabela, provista de nueva aguada, empezó á salir del río para entrar en la mar. Casi en los momentos en que empezaba á surcar las ondas, un marinero que se hallaba en lo mas alto del palo con el objeto de avisar si había rocas, gritó «¡la Pinta!» La nueva llenó de regocijo á toda la tripulación. El almirante miró desaparecer la inquietud que le había atormentado desde que temió que Pinzón se hubiese dirigido á

España con objeto de arrebatarle su gloria. Ahora veía que, felizmente, se había engañado, y que él sería el primero en comunicar la noticia de los descubrimientos á los Reyes Católicos. La *Pinta*, al descubrir la carabela del almirante, marchó directamente hácia ella. En el momento de acercarse, Martín Alonso Pinzón pasó á ver al almirante, y se disculpó de su separación, diciendo que el mar y no su voluntad había sido la causa única de no haber podido obedecer la señal hecha por la *Santa María*. Colón, aunque estaba persuadido de que la verdad andaba ausente de aquellas palabras, disimuló su disgusto, dominando en su ánimo noble y generoso mas la satisfacción de verse libre de los temores que hasta entonces le habían inquietado, que la justa indignación de la desobediencia á su mandato. Colón le preguntó lo que había hecho durante el tiempo que estuvieron separados, diciéndole que le informase de todo. Pinzón contestó que había ido tocando en varios puntos de la isla, cambiando los objetos que llevaba por oro, del cual había hecho dos divisiones, una para sí, y la otra para la gente de su carabela.

Todos estos cambios eran muy lícitos, puesto que á nadie perjudicaban; pero Pinzón, además de quererse presentar en España con las muestras del oro que producían las regiones descubiertas, quiso llevar algunos indios que llamasen la atención, aumentando la gloria de su nombre. Aun esto hubiera sido irreprochable si la marcha de los indios hubiera sido espontánea, como era la de los que Colón llevaba; pero Pinzón obró de distante manera. Viendo que nadie se resolvía á dejar el último puerto en que tocó, se apoderó, por fuerza, de cuatro indios, y los

colocó á bordo. La acción fué reprehensible; y Colón, al saberla, le reprendió por ella, manifestándole que era preciso volverlos al sitio de donde los había sacado, dejándoles en libertad. Así se hizo. El día 10 de Enero llegaron las dos carabelas al Puerto de Gracia, que por algun tiempo se llamó de Martín Alonso, y siendo de allí los indios, el almirante mandó que, en desagravio del acto injusto cometido con ellos, se les hiciesen varios regalos, les diesen algunos vestidos, y les condujesen inmediatamente á tierra. La orden fué ejecutada, y los indios se manifestaron muy agradecidos y contentos.

Las carabelas continuaron su viaje en el instante de haber dado libertad á los indios. A los pocos momentos de haber salido del Puerto de Gracia, se presentó á la vista de los navegantes una sierra que parecía estar coronada de nieve. Los marineros, maravillados por la novedad, la miraban con placer, recordando las cimas nevadas de sus montes en la cruda estación del invierno; pero al acercarse desapareció la ilusión. Lo que habían imaginado nieve, era una piedra blanquísima que cubría completamente la cima de la sierra y que, herida en aquellos momentos por los rayos del sol, brillaba como bruñida plata. Colón, poniéndola el nombre de lo que con notable perfección remedaba, la llamó *Monte de Plata*; llamándose, en consecuencia, *Puerto de Plata* á un sitio de forma de herradura que se halla al pié de la pintoresca sierra.

El almirante, aprovechándose del viento favorable que reinaba, siguió costearo la Isla Española, dando nombres á todos los sitios de alguna importancia, y admirando la grande extensión y fertilidad de ella. Así navegaron treint-

ta leguas, hasta llegar á un elevado promontorio que se levantaba solitario y misterioso. Colon llamó á este promontorio, que hoy se conoce con el nombre de Cabo del Cabron, con el poético de Cabo de los Enamorados. Al ponerse á su lado, descubrió una dilatada y hermosa bahía de tres leguas de ancho, que aun conserva el nombre de Samaná con que la conocian entonces los isleños. Colon envió una lancha á tierra con personas competentes para que la reconociesen. Al acercarse á la playa, vieron que los indios que andaban por ella eran de aspecto feroz y diferentes de los que hasta entonces habian visto: iban desnudos; su porte era altanero y belicosos sus ademanes; llevaban largo el cabello y atado por la espalda, adornado con brillantes plumas de guacamayos; pintado espantosamente el cuerpo con resaltantes colores; y en la resuelta mirada de sus ojos negros, revelaban osadía y temeridad. Iban armados de arco, flechas, clavos y espadas de madera de palma, duras y pesadas como el fierro, y cuyo golpe era temible. Era la primera vez que los españoles veian indios con arcos y flechas. Algunos marineros trabaron conversacion, por señas, con los formidables isleños; les cambiaron, por cuentas de vidrio y cascabeles, algunos arcos y flechas; y habiéndoles invitado á que pasasen á bordo donde se les obsequiaria, aceptó uno de ellos que, como todos, iba perfectamente armado.

Al ver Colon el aspecto feroz de aquel indio y la clase de armas que llevaba, creyó que perteneciese á la raza de los caribes antropófagos, que eran el terror de los demás isleños, y le preguntó si pertenecia á ellos. El indio manifestó que no; y luego señalando con el dedo hácia otro

punto, dió á entender que las islas caribes se encontraban mas al Oriente. El almirante le enseñó en seguida un pedazo de oro, diciéndole en qué sitio se encontraba aquel metal. El indio, indicando un punto entre su isla y la de los caribes, pronunció el nombre de otra llamada Boriquen, nombrada actualmente San Juan de Puerto Rico, cuyos habitantes no eran caribes. Colon, despues de haberle hecho algunas otras preguntas, le regaló varias bagatelas que para el salvaje eran de alto precio, y le envió á tierra en un bote en que iban siete marineros. Al saltar en la playa con ánimo de comprar mas arcos y flechas para llevar como curiosidad á España, vieron los marineros deslizarse por entre la yerba y colocarse detrás de los árboles, en actitud hostil, mas de cincuenta indios, provistos de todas sus armas. El indio que iba con los españoles les dijo entonces una palabra y, dejando su actitud amenazadora, se acercaron amigablemente.

Los españoles les preguntaron si les querian vender algunos arcos, y los indios les cambiaron dos, de muy buena voluntad. De repente la fisonomía de los salvajes pasó de la alegría á la ferocidad. Arrepentidos acaso de haberse deshecho de dos arcos, ó creyendo fácil recobrarlos sin devolver lo que por ellos habian recibido, pues solo eran siete los marineros, lo cierto es que disparando unos sus flechas, enarbolando otros sus terribles mazas y disponiendo algunos sus cuerdas para atarlos, acometieron á los españoles con indecible fiereza. Los acometidos recibieron á sus contrarios desnudando sus espadas y descargando certeros golpes sobre ellos. Los indios, al sentir el cortante filo de las hojas toledanas que habian herido á dos y ame-

nazaban derramar la sangre de los otros, huyeron aterrados hácia los bosques, arrojando arcos y flechas, sorprendidos de verse derrotados por siete individuos.

Los españoles pudieron haber seguidõ el alcance de ellos y matar á varios; pero el piloto les prohibió hacerlo, y se volvieron á bordo.

Esta fué la primera vez que se cruzaron las armas entre los habitantes de aquellas islas y los españoles. Colon, por haber sido aquel punto el primero en que habia visto á los indios armados de flechas, le llamó *Golfo de las Flechas*; pero siguió prevaleciendo el nombre de Golfo de Samaná, y no se le conoce con otro en todas partes.

La idea de Colon habia sido mantener con aquellos indios el comercio de oro; pero la inesperada contienda impidió establecer relaciones, y se sintió pesaroso del incidente ocurrido. Sin embargo, su sentimiento se neutralizó, considerando que aquella escaramuza podia servir de garantía á los treinta y nueve hombres que habia dejado en la fortaleza de la Navidad, pues no se atreverian á molestarles.

Al día siguiente la costa apareció llena de guerreros. El almirante, á fin de conocer el intento de ellos, envió un bote con gente resuelta y bien armada. Al llegar á la playa, los indios se acercaron sin vacilar, pero sin manifestarse hostiles, y deseando cambiar lo que tenian por los objetos de los españoles. A los pocos momentos se presentó el cacique con tres de sus principales hombres, y entrando en el bote, manifestó deseos de pasar á la carabela del almirante.

Colon le recibió perfectamente, le regaló algunas bara-

tijas que estimó en mucho, y á cuyo presente correspondió enviándole despues una corona de oro.

La amistad y buena armonía se estableció bien pronto entre indios y españoles, y nadie hizo mencion de la escaramuza del día anterior.

Dos días permaneció Colon en la bahía recibiendo de los isleños algodón, pimienta y frutas, y dando en cambio abalorios y cascabeles. Pero ni aun al ocuparse de estos cambios y pasar á las carabelas para efectuarlos, se quitaban el arco y las flechas. Como las noticias que todos ellos le daban respecto del país en que habia en abundancia el oro, eran lisonjeras y estaban de acuerdo, se propuso visitarlos á su vuelta de España, y aun persuadió á dos guerreros á marchar con él para que le sirviesen de guia.

Colon hubiera deseado dirigirse en busca de la isla aurífera que le indicaban; pero comprendió que era ya tiempo de que descansase la tripulacion. Hacia mas de seis meses que aquellos hombres habian salido del puerto de Palos y que, viajando por climas abrasadores y trabajando sin descanso noche y día, se sentian abrumados de fatiga. Eran hombres de hierro; pero el hierro se dobla tambien si se le obliga á sostener por mucho tiempo un peso enorme.

El almirante resolvió definitivamente volver á España, y el día 16 de Enero hizo rumbo, con viento favorable, hácia la deseada Castilla. Corriendo hácia el Nordeste, los indios que á bordo llevaba le señalaron el sitio hácia donde quedaba la isla de Boriquen, abundante en oro; pero Colon comprendió que era preciso no alargar mas el viaje, y continuó su camino.

Terrible tormenta. Habrían navegado quinientas leguas, cuando los vientos empezaron á ser contrarios. Las carabelas, maltratadas por la larga navegacion, se encontraban en las condiciones menos favorables para oponer resistencia á las irritadas olas, muy especialmente la *Pinta*, mandada por Martin Alonso Pinzon, cuyo palo de trinquete se hallaba inutilizado. Sin embargo, haciendo esfuerzos inauditos y luchando de continuo aquellos maltratados barcos, dirigidos por expertos marinos, avanzaban, aunque lentamente, hácia su destino. El dia 12 de Febrero los horizontes aparecieron mas negros y amenazadores, y de repente se desató el huracan con indecible furia.

Las pequeñas carabelas, sacudidas por los golpes de una mar terriblemente agitada por los vientos, se veian llevadas de un punto á otro, como leves plumas arrebatadas por el torbellino. La tempestad arreció al oscurecer del siguiente dia, y el 14 se desató con espantosa furia amenazando sumergir, de un instante á otro, en el abismo de los mares, á los dos frágiles barquichuelos. Era imposible resistir á la furia de los elementos desatados. Aquellos débiles barcos, que hasta de cubierta carecian, no eran los mas á propósito para poder defenderse de las espantosas tormentas del Atlántico. Los destrozados barcos no obedecian al timon, y se veian arrebatados á merced de las olas y de los vientos. La noche aumentó el terror de la tripulacion. Siendo inútiles todos los esfuerzos, se dejaron entregados los buques á merced del huracan, y pronto la *Pinta* desapareció, arrebatada hácia el Norte. Al amanecer del 15, todo fué terror para los tripulantes de la *Niña*. El mar, lejos de aplacar su ira, se presentaba mas irritado; y la

vista de algunos trozos de madera del castillo de la *Pinta* que flotaban en las ondas, helaron de espanto el corazon de los marineros, no dudando que la carabela de Pinzon habia sido tragada por el mar. Viendo que los esfuerzos humanos eran ineficaces para salvarse, acudieron á implorar el favor del cielo, haciendo, entre otros votos, el de ir descalzos, en procesion, en la primera tierra que encontrasen, hasta el sitio en que hubiese una iglesia dedicada á la Virgen. Colon fué el primero en dar el ejemplo haciendo la misma promesa. Pero el cielo parecia no acoger las súplicas de la atribulada tripulacion; y el almirante, no dudando que la muerte era inevitable, trató de salvar siquiera del abismo el descubrimiento del Nuevo-Mundo, que era la gloria de su nombre en la tierra. Dominado de Colon, creyendo este pensamiento, escribió sucintamente en ^{perecer,} arroja al mar un un pergamino la relacion de su viaje. En ella ^{barril con la} ^{relacion de} marcaba los puntos de que habia tomado posesion en nombre de los reyes de España y la ^{sus} ^{descubrimien-} ^{tos.} riqueza de ellos: selló en seguida el pergamino y lo rotuló á Isabel y á Fernando, añadiendo una gratificacion de mil ducados á quien lo entregase á los soberanos. Hecha esta operacion, envolvió perfectamente el pergamino en un hule; cubrió éste con una capa de cera; y encerrado todo en un barril vacío, que mandó calafatear á su satisfaccion, lo arrojó al mar, haciendo creer á los marineros, para que no se alarmasen, que lo hacia en cumplimiento de una promesa ofrecida con anterioridad.

La furia de los vientos empezó al fin á ser menos terrible, y al amanecer del dia 15 dió el grito consolador de tierra uno de los marineros, llamado Rui García. La